

Tres evocaciones de Agustín Lara*

I. Lara, jarocho

Si para cualquier amante de la música, el inenarrable espectáculo de la Plaza Garibaldi —en el Distrito Federal— es una continua provocación, no menos sugerente resulta, también en términos musicales, el Zócalo (oficialmente denominado Plaza de Armas) de Veracruz, la Villa Rica de la Vera Cruz, asomada ya a un Caribe disfrazado de golfo —tal cual, parece mentira— de México.

Allí los mariachis se convierten en marimbas, a docenas, tocando al mismo tiempo otras tantas docenas de melodías —distintas, por supuesto— en una abigarrada masa sonora que despertaría la envidia del John Cage más atrevido o de cualquier otro chamán de *performances* y *happenings*. Seguramente por esa inusual mezcla de ritmos binarios y ternarios, uno se siente transportado a un maravilloso mundo musical, de mágicas características, de atmósfera hechizada.

En los cafés, bajo los soportales, se juega incesantemente al dominó, en ejercicio de un profundo arraigo caribeño de origen peninsular. Cuando uno baja a desayunar a La Parroquia, como lo hacía el propio Lara, a las ocho y media de la mañana suena ya alguna marimba. La pregunta es si ha dejado de sonar en algún momento desde que nos acostamos, como si nunca hubiera querido cesar de arrullar la inacabable enfilada de blancas dobles en las mesas vecinas.

Las marimbas fascinaban a Agustín Lara. Dice, en una canción:

Oye la marimba,
cómo se cimbra,
cuando canta para ti.
Oye cómo suena,
cómo su pena,
se transforma en frenesí.

* Estas notas sirvieron de base a mi intervención en una mesa redonda, celebrada en el Instituto de España en Londres, el 17 de octubre de 1991, en homenaje a Agustín Lara, organizada al alimón por las embajadas de España y México ante la Corte de San Jaime. En la mesa, cuidadosamente preparada —con notable sensibilidad— por Fernando Serrano Suárez, acompañé al ex canciller Bernardo Sepúlveda y al escritor Martín Brito, a la sazón embajador y cónsul general de México en Londres, respectivamente. Presentó el acto el legendario locutor Ángel Echenique y se sentó al piano el cubano Alcy Agüero, para adornar nuestras intervenciones con canciones de Agustín Lara.

A quienes quisieran profundizar en la materia, les aconsejaría leer la obra colectiva Agustín, reencuentro con lo sentimental, publicada en 1980, en México, por Editorial Domés. Y, por supuesto, que escuchen

Veracruz tiene mucho que ver con la música de Lara, quien se sentía profundamente jarocho. Sus biógrafos dudan con respecto a su lugar de nacimiento, entre Ciudad de México y Tlacotalpan, en Veracruz. Él mismo abonó la duda, si bien se despachó con declaraciones rotundas como ésta: «Los jarochos nacemos con un cascabel en el corazón, con un poco de tristeza en el alma y con poco dinero en los bolsillos, pero somos muy felices». Sentimientos que tienen mucho que ver con el carácter de su propia música.

Lara canta a Tlacotalpan en una canción encendida, en la que, en los más puros cánones del cantar popular, fuerza unas rimas realmente espectaculares:

Tlacotalpan, montón de terciopelo,
donde el jarocho sueña y bebe nanche,
donde baila la bamba y en su cielo
no hay un solo lucero que lo manche.
Tlacotalpan, mi sueño, mi promesa,
espuma en el tazón de chocolate,
deshilado mantel sobre la mesa
y duelo de muñeca en el metate.

Lara ejerció de jarocho militante. Cuenta Tomás (Tomy) Perrín que un día le llamó, lleno de entusiasmo, por teléfono:

—«Quiero invitarte a que disfrutes lo mejor que he hecho en mi vida. Vente corriendo a casa».

Tomy saltó al primer taxi preguntándose, intrigadísimo, qué nueva canción habría escrito el maestro, a cuya primera audición le invitaba, en la intimidad de su propia casa. Al llegar, el compositor le espetó:

—«Siéntate a la mesa, probarás el mejor pescado a la veracruzana que jamás haya cocinado».

Veracruz es potencia musical porque es puerto abierto —crisol y encrucijada— que absorbe, procesa y proyecta todo tipo de músicas. Al igual que Lara. De su música escribió Juan José Arreola:

Adoptó, con espléndida humildad, todos los ritmos en boga. En su música se funden el tango y la guaracha, el son y el pasodoble, la balada sentimental y el bolero, la bamba, el huapango y el jarabe, la jota y el chotis, para formar un *género único* por excelencia, ese que todos los pueblos de América y de España puedan oír y cantar al unísono.

toda la música de Lara que puedan.

Un agradecimiento final a Paulino González Fernández-Corugedo, que supo hacerse con las fotos del maestro que ilustran estas páginas.

II. Lara, prolífico

Agustín Lara registró unas seiscientos canciones, algunas a nombre de terceros, sobre todo de agentes y representantes poco escrupulosos que le explotaron durante su vida; un buen centenar de las cuales todavía siguen hoy inéditas.

«El hambre y el amor son los únicos motores de mi inspiración», solía decir, y añadía: «Cuando estoy inspirado, produzco canciones como quien imprime un periódico...».

La facilidad de Lara para componer puede emparentarse con la del Mozart de Milos Forman. Como buen neorromántico, se ayudaba con coñac. Napoleón. De ahí que José Natividad Portales dijera que Agustín Lara tenía «el espíritu de coñac y los huesos de cristal». Una imagen bellísima que concuerda perfectamente con la estética de sus canciones.

Cuenta la leyenda que, ya en sus últimos años, la grabadora Orfeón manifestó un gran interés por contratarlo. Lara, sintiéndose poderoso, pidió una alfombra roja desde la puerta hasta el piano de gran cola y, sobre el instrumento, una botella de Napoleón, precisando en el contrato el año de la cosecha. Al llegar al estudio todo estaba a punto, pero Lara, con un mohín de pillo triunfador, añadió:

—«Todo está perfecto. Pero falta en el atril un cheque de ciento cincuenta mil pesos, para que me inspire y empiece a tocar...».

Son muchas las anécdotas que nos refieren su facilidad para la composición.

Angelina Bruschetta explica cómo escribió una de sus mejores canciones, en una época en que no tenía piano, ni dinero para alquilarlo: «Una noche no teníamos ni siquiera papel para escribir, y en una tapa de una caja de zapatos empezó a escribir *Mujer*, pero con un procedimiento muy curioso: con la mano izquierda hacía como que tocaba el piano, con la derecha escribía la letra y con los pies llevaba el ritmo. En Agustín Lara, la mayoría de las veces, nacían de manera simultánea la letra y la melodía, con perfecto acoplamiento».

Juan Arvizu cuenta que una noche se lo encontró, en su colonia, parado bajo un farol. No entendió lo que estaba haciendo y se lo preguntó. Lara contestó, con inmediatez:

—«Estoy haciéndole una canción al farolito...».

Así nació *Farolito*, una de sus canciones más populares.

El gran Pedro Vargas había sido testigo de varias anécdotas de esta índole.

En una ocasión iban en coche por Reforma, hacia el castillo de Chapultepec, para asistir a la toma de posesión del presidente general-ingeniero Pascual Ortiz Rubio. De repente Lara le apremió:

—«¡Perico, para, para! Yo me bajo, no puedo ir a la fiesta. Me vuelvo corriendo a casa».

Así lo hizo, con gran enfado de Vargas, para componer *Golondrinas*.

En otra ocasión, Vargas, Ana María Fernández y Lara viajaban en tren de Campeche a Mérida. En un momento dado, aquéllos notaron que Lara se ensimismaba y hablaba para sus adentros. Con el sumo respeto que le profesaban, le dejaron hacer. Al llegar, preso de gran excitación, Lara exclamó:

—«Perico, Ana María, vámonos rápidamente al Colón, que tengo dos canciones en la punta de la lengua».

Eran, nada menos, *Aunque quiera olvidarte* y *Toda la vida*.

III. Lara, poético

Lara nunca estudió música formalmente, aunque —a lo largo de su vida profesional— aprendiera mucho. Su principal característica fue la *intuición*, que tanto favoreció su obra. Puede incluso llegarse a pensar que quizá si hubiera tenido una formación musical escolástica, nunca hubiera compuesto como lo hizo, ya que sus creaciones hubieran podido perder el encanto natural que atesoran.

Pero, por encima de todo, Lara fue —como le anunciaba Pedro de Lille en el programa radiofónico «La hora íntima»— el *músico poeta* por antonomasia.

Lara supo encontrar, en sus canciones, el punto de fusión adecuado, casi enigmático, entre la música y la letra. Pocos compositores son capaces de esta hazaña creativa. De esta impresionante simbiosis de letra y música en que la una hace a la otra, retroalimentándose en un juego de seducción mutua que acaba en un emparejamiento tan sereno como inquietante, tan cabal como perturbador.

José Antonio Álvarez, en un sólido artículo, le ha llamado «genio de la prosodia musical». Por su parte, Daniel Castañeda ha escrito que «en Agustín Lara, la música es consecuencia inevitable del texto»: ahí está, sin duda la clave de su obra. En esa capacidad que, en otro tiempo, con otros materiales, pero también con la canción —con el *Lied*— tuvo el mismísimo Schubert.

Quisiera citar, sin sombra de solemnidad alguna, a San Agustín:

Ahora mismo me siento conmovido, no con los tonos y la canturía, sino con las palabras y cosas que se cantan.

Lara, el músico poeta —el poeta músico— siempre conmueve por las palabras y las cosas que hace cantar, o que cantó él mismo.

Hace unos años, recreándome en el esplendoroso barroco de Querétaro, me encontré con un establecimiento en la dudosa frontera entre el anticuario y el trapero. Revolví libros y grabados e hice la pregunta de siempre:

—«¿Tiene usted partituras viejas?».

—«No, patrón. Pero, si le gusta la música, tengo algo que le puede interesar».

Por unos pocos pesos le compré uno de mis tesoros musicales más preciados: cuatro casetes en las que había grabado, desde venerables discos de 78 r.p.m. varios programas de «La hora íntima», con el maestro cantando en directo. El Músico Poeta.

Delfín Colomé